

En LA ALBORADA, nº 167, 26 de mayo de 1901, páginas sin numerar

De literatura y arte
«Gurí», POR JAVIER DE VIANA

No sé realmente si Viana llegará a ser, con el andar del tiempo, más cuentista que novelista, más novelista que cuentista, o las dos cosas a la vez, — que en ambos géneros se puede alcanzar la nota de notable;—pero confieso que los dos libros de cuentos que ha publicado—*Campo* y *Gurí*—son, a mi juicio, los que más caracterizan su talento robusto y su espíritu observador, de analista original. *Gaucha*, su única novela hasta el momento, es un esfuerzo considerable, un ensayo feliz de gran aliento, una página brillante, en fin, que jamás se borrará del “Haber” de su labor literaria, por más que a ello se oponga el desequilibrio, imposible de disimular, que existe entre los caracteres que estudia y el ambiente que los caldea, y el deseo mal encubierto del novelador de transplantar a nuestro suelo, tan generoso en frutos hermosos y variados, la exótica semilla literaria que a los enfermos de novedad ofrecen de continuo los espíritus nuevos que surgen de la fecunda atmósfera parisiense. Si vive mucho tiempo la novela—y ha de vivir, seguramente, desde que con menos derecho están en pie otras de más débil contextura y de mérito literario muy inferior a ella— vivirá como esos seres que nacen con un defecto orgánico de difícil curación, y la fortuna de que se la lea siempre con agrado, como se la lee ahora, la deberá al encanto que fluye de su estilo elegante, a la magnificencia de las descripciones que contiene y al análisis profundo y acabado que transforma la figura de D. Zoilo, el viejo solitario del Puesto del Fondo, en una creación novelesca de primera fuerza y de carácter esencialmente nacional. Los libros de cuentos, en cambio, no envejecerán jamás, a pesar de la escasa importancia que, aparentemente, tienen en relación a *Gaucha*. Y estarán libres de aquel desastre— que es el desastre definitivo de toda obra de arte—porque en su gestación ha volcado Viana, sin preocupaciones ni temores, todo su talento, toda su alma, toda la fuerza creadora que produce el uno aumentada por el fuego espontáneo y vivificante que expande la otra. Carlyle decía que para conocer una cosa era necesario *amarla*, simpatizar con ella, estar relacionado moralmente con ella. Viana *ama* sinceramente los personajes, las escenas, los objetos, todo lo que sirve de estudio a sus obras. A nadie pide nada: lo bueno, como lo malo, es propio, recogido de la realidad, sorprendido a la naturaleza,—la eterna pródiga del artista sincero.—En la naturaleza ha buscado directamente el color, el perfume, el hombre, y con el hombre la pasión, y con la pasión el drama, para analizarlos en su grandeza o miseria, en su hermosura o fealdad, y lanzarlos luego a la radiante existencia que el arte crea por el solo esfuerzo de las inteligencias superiores. Por eso sus cuentos, que son amenos y transcendentales a la vez, que esconden en las graciosas espirales de un estilo esbelto, acicalado, muy francés, ideas profundas que nada de francesas tienen, serán siempre nuevos, siempre modernos, siempre de la tierra, como las cuchillas que serpentean

nuestros campos, como los bosques que estallan al borde de nuestros ríos y arroyos, como el espacio que ensancha hasta lo infinito nuestro cielo y de los cuales reflejan fielmente la curva flexible, la frondosidad pintoresca, la transparencia azul...

Es el talento ennobleciendo lo mezquino, agrandando lo pequeño, iluminando con sus destellos el escenario dilatado de la existencia campera, del paisano obscuro, del heroísmo ignorado. Exceptuado Acevedo Díaz, y eso en un sentido relativo, no conozco ningún escritor más penetrado de la esencia del alma y de las cosas de nuestros campos que el autor de *Gurí*. Reyles descollaría con rasgos propios en el género, si la literatura francesa no le hubiera deslumbrado y desviado lamentablemente del camino iniciado con *Beba*. Aquello, que fue un error del artista, ha sido una -pérdida de importancia para las letras uruguayas. También Regules, el médico-poeta, ha podido contribuir, con su esfuerzo decidido, de apóstol de la tradición criolla —en lo bueno y artístico que lo criollo contenga para la tradición literaria— a la más rápida y completa purificación de nuestro ambiente, en el cual sólo resuenan de tarde en tarde los ecos sonoros de sus cantos inspirados; pudo... pero la indiferencia, o el deber profesional, o la falta de amor a la labor literaria, más abundante en sinsabores que en compensaciones, le han alejado de la lucha por los grandes ideales, y han malogrado las energías positivas de su cerebro potente y de su espíritu de convencido. Pocos, pues, han seguido y siguen con más intensidad y cariño que Viana la vida monótona y variada, al propio tiempo, del habitante de campaña, y ninguno sabe pintar actualmente con el colorido sobrio y seguro de su paleta las ansias constantes, las penas crueles, los goces espontáneos y las satisfacciones íntimas que chocan, y estallan, sin ruido alguno, sin agitación ni violencia visible, en el silencioso rancho que supone, cuando más, una mancha negra echada como al descuido en la falda de una loma, o en la estancia inquieta que con sus paredes blancas y altas y sus árboles corpulentos, parece una nota de luz vibrando alegría en mitad del campo vasto. Hoy, que todos callan, Viana es el único poeta que hace llegar hasta el fondo de nuestras almas - a través de narraciones de belleza sentida— los estremecimientos y alegrías que sacuden las entrañas del terruño: mañana, cuando otros pidan al monte y a la llanura sus mil latidos y sus mil misterios para derramarlos en sus estrofas, quizás sea el primero en ofrecernos emociones más duraderas en páginas ya maestras...

* * *

La novela, como género literario, tiene siempre una importancia más positiva que el cuento, por los elementos diversos que en ella entran. ¿Quiere esto decir que Viana haya retrocedido como novelador al avanzar como cuentista? De manera alguna. *Gurí* y *Campo* son obras más perfectas que *Gaucha*, pero en el sentido que el edificio pequeño, bien construido, lo es al palacio majestuoso, pero mal combinado. La importancia es, en resumidas cuentas,

relativa en un género como en otro, como lo es la hermosura en dos mujeres de diferente estatura y color. Narraciones breves se pueden citar a montones que valen, por si solas, lo que muchas novelas en bulto, y sin ir muy lejos, ahí tenemos las *nouvelles* de Maupassant, *Boule-de-Suif*, *Mademoiselle Fifi*, etc., etc., que valen, separadamente, la mayor parte, si no todos, de los afortunados romances de Jorge Ohnet. La belleza no precisa límites ni admite padrones fijos: Flaubert la encontraba en un muro, “en aquel muro del Partenón que hay a la izquierda saliendo, desnudo, sencillo” ... y Ruskin, el etéreo Ruskin, en el tierno pájaro que pinta, en el arroyuelo acostado sobre arenas, en el rayo de sol que perforaba la copa de los árboles para jugar entre sus ramas... Viana no hace distinciones —y procede bien— cuando intenta sorprender e interpretar lo bello, y tanta emoción produce con un paisaje sencillo, de impresión colorista, como con el problema de trascendencia moral más atrevido. *Gurí* —su último libro— afirma ese rasgo saliente de su temperamento sensible, de su criterio amplio, de su talento elástico. Después del ensayo, no muy lisonjero, de *Gaucha*, lo natural y lógico sería para los que sacrifican a la vanidad los demás afectos del alma, que el artista intentara un nuevo y vigoroso esfuerzo en el sentido de llegar al dominio más aproximado de la novela psicológica, para la cual tiene, indudablemente, disposiciones bien marcadas; él prefirió, sin embargo, la página corta, el estudio de personajes y ambiente, en episodios dramáticos rápidos, convencido de que ninguna tarea es despreciable en la esfera de la inteligencia humana y que tantos jirones de gloria se conquistan levantando monumentos de contornos colosales como esculpiendo en el bronce estatuas de tamaño reducido. Los cuentos y narraciones que llenan el reciente libro de Viana (1) son algo más que la mayoría de las producciones de ese género que ocupan gran lugar en las letras francesas: son reflejos de almas, de caracteres, de pasiones, estudiados admirablemente. Un cuento, ordinariamente, se olvida al día siguiente de leído: los de Viana quedan, como pequeñas aguasfuertes, grabados en la memoria y en el espíritu.

Ocultan, y en esto se parecen a los que siguen las huellas de Maupassant, ese algo profundo, serio sólido, substancioso, sin pesadez, que se echa de menos en la literatura superficial, más brillante por la gracia de la forma que por la belleza de su fondo. *Gurí*, por ejemplo, será en todo tiempo un análisis sutilísimo del temperamento de nuestros paisanos, nobles hasta el exceso, valientes hasta la temeridad, y tímidos como criaturas cuando las supersticiones ó las falsas creencias se apoderan de su imaginación. No creen en el miedo no conciben la cobardía, pero se estremecen horriblemente a la sola sospecha de un *daño*. Y el proceso de ese *daño* mortal, que a todos atemoriza y que no es otra cosa que un claro fenómeno de autosugestión repetido un día y otro en el campo, es el que Viana ha extendido en la primera narración de su nuevo libro, con sagacidad de observación y fuerza de colorido que sorprenden. Análogo a *Gurí*, por lo que al fondo se refiere, es el episodio titulado *En las cuchillas*, vigoroso también, y también exacto. El paisano no lucha allí con la ignorancia, sino contra la impotencia, contra la fatalidad que le empuja a la batalla de uno

contra diez, a la muerte segura, como a una solución inevitable y fatal. Hay en esas dos páginas, de una intensidad dramática bien mantenida, detalles descriptivos de una originalidad de primera mano, —que hoy hasta la original se imita!— y rasgos de observación agudos que demuestran que Viana no piensa sólo en el éxito inmediato, en el lector que le contempla, sino que, *egoísta* a la manera de Goethe, se ejercita con empeño en la difícil empresa de vencer toda clase de obstáculos, de afianzar sus músculos, de vigorizar su cerebro y de ir ganando en agilidad tanto como en ciencia formal. Este progreso alcanzado en su carrera literaria se evidencia también en el cuento *La yunta de Urubolí*,— a pesar de la fecha atrasada que en relación a *Gurí* luce al pie—donde el narrador ameno, el colorista vibrante, se pierden en la distancia para dejar que el analista exquisito de sentimientos, reconstruya el conmovedor caso de dos seres antagónicos, completamente opuestos, que la necesidad, el azar, las circunstancias, lo que sea, une por violento contraste hasta el instante supremo del descenso a la nada. No es este el trozo más robusto del libro —que por algo está *Gurí* a la cabeza, pregonando en buena salud,— pero creo que ninguna de las de más páginas provocan el interés, la emoción, en el estricto carácter de *cuento*, que provoca la dramática acción a que da motivo la amistad extraña del gigante Segundo Rodríguez y el enano Casiano Librija. Y eso que en el volumen quedan todavía erguidas, desafiando el juicio severo de la censura, otras obras gemelas de aquellas, entre las cuales sobresalen dos joyas de distinta calidad: *Por matar la cachila*, narración naturalista de buena factura y tonos rojos, y *La azotea de Manduca*, tela sombría, de tintas oscuras, que impregna él espíritu de esa tristeza infinita que siente el viajero al entrever en la soledad del campo, a la hora indecisa del crepúsculo, un gran edificio en ruinas...

* * *

A pesar de todas las bellezas que ha encerrado Viana en *Gurí*, éste, en conjunto, no es todavía perfecto. No falta, sin embargo, nada; sobra algo: sobra la presencia continua del artista detrás de los personajes, de las escenas, de los hechos que pinta, narra o analiza. La extremada pasión que por la literatura científica conserva latente desde su época de estudiante, le arrastra de continuo a divagaciones inútiles, a citas extemporáneas, como aquella que interrumpe bruscamente la escena iniciada entre Juan Francisco y Clara, en la primera narración (página 47), y que no se concibe en el ambiente pobre, ignorante» del rancho miserable. También sobra en algunas otras páginas la exhibición que el escritor hace de los vastos conocimientos que tiene de las letras francesas, exhibición muy necesaria, muy oportuna en obras de literatura, de crítica, de tema menos característico que el que él estudia, y que resulta completamente rara, desencajada, en narraciones cuyo principal mérito debe ser, según lo demuestra el propio autor, la originalidad absoluta del medio, de la figura, de la forma. Para que las notas más violentas que entran en la composición de una tela no se sorprendan de verse juntas, se exige del artista la más justa entonación de los colores, y en literatura es precepto severo del buen gusto

armonizar de tal modo el estilo de una página con las cosas o seres que describe, que la emoción estética que produzca sea tan directa como intensa. Un personaje cómico, trazado con rasgos sombríos, no nos daría más que una sensación falsa, antiestética, por lo tanto. Además de esto, los cuentos de Viana no necesitan de citas francesas, que disuenan al chocar con el pintoresco lenguaje de nuestros paisanos, para ser mejores de lo que son. Al novelista, como al músico, como al pintor, no se les pide un balance de su bagaje intelectual: se les pide obras sentidas, emociones hondas, arte puro, en fin... Y al darnos arte, nos dan algo más que simple erudición, porque nos dan la esencia más exquisita de sus almas y cerebros...

Edo. Ferreira

(1) Siguiendo una moda francesa, muy generalizada también en España y América, Viana ha escogido el título de su primer cuento para nombre del libro. — *Gurí*, significa *chiquitín*.